
EL LENGUAJE: ENTRE EL OLVIDO Y LA VALORACIÓN

Cecilia Eróstegui R.¹

Cómo citar: Eróstegui R., C. (2008). El lenguaje: entre el olvido y la valoración. *Página y Signos: Revista de Lingüística y Literatura*, 3, 97-103.
<https://doi.org/10.5281/zenodo.10891848>

RESUMEN

Este trabajo se trata de una aproximación antropológica al origen del lenguaje en nuestra especie y, a propósito de ello, una reflexión sobre el olvido y la valoración que representa para la humanidad el lenguaje como un universal cultural, sobre todo para aquellas lenguas en riesgo de desaparición y cuya base de organización social ha sido poco reconocida hasta hoy.

La autora realiza un breve pero completo recorrido por la historia de la humanidad, por el proceso de hominización y humanización, conducidos por el lenguaje. Cuestiona la invisibilización de la que fue objeto la experiencia humana y la exclusión de grupos (indígenas) que no se alinearon al ideal científico de la razón, a los que todavía se excluye y se subalterna.

Palabras claves: lenguaje, hominización, antropología, guaraní

¹ Docente y Jefa de la Carrera de Antropología de la Universidad Católica Boliviana, Cochabamba.

Inicialmente pensemos en nosotros mismos, pensemos nuestra existencia, nuestra presencia como especie, nuestras representaciones sobre la humanidad, nuestros miedos a la diversidad, desde las huellas dejadas en un largo camino, para reconocernos como una sola humanidad diversa, desde una integralidad biológica, histórica y social, pero también desde una integralidad disciplinar.

Los siguientes interrogantes motivan esta comunicación: ¿Qué abismo o qué puente habrá entre los miles de años que el lenguaje obró en la humanidad y en las lenguas indígenas de hoy? ¿Qué necesidad hay en hacer este viaje retrospectivo hacia tantos años, si igual se pueden valorar las lenguas indígenas? Intentaremos recorrer el abismo o iniciar la construcción de un puente sembrado por la producción científica y sabiduría indígena, en pos de reconfigurar nuestra visión de humanidad, que supere el racismo y la discriminación.

El punto de partida

Dice que en un principio fue el Verbo: ... el verbo existir,... el verbo estar,...el verbo ser; se dice también que fue el lenguaje el que ha creado lo humano y no lo humano al lenguaje, veremos cómo ocurrió.

El lenguaje se produjo una sola vez y para siempre; fue en el centro de África: Olduvai, luego de un proceso largo y complejo de preparación biológica denominado hominización, que duró aproximadamente 6 millones de años, para dar paso a la humanización cognitiva y cultural, cuyo titular es el lenguaje.

Con su aparición, nos dice Morin (2005), se abre el camino a una prodigiosa complejidad antropológica, cerebral, individual y social que está lejos de haber sido agotada o saturada.

Como disparadores de humanidad, actuaron: el bipedismo favoreció la bajada de la laringe; el retiro del vello facial y la reconfiguración mandibular fueron dando condiciones para la expresión gestual, para la expresión visible del rostro; se dio lugar a la mirada, a la comunicación interna, a la creatividad, a la imaginación, a la verbalización de imágenes. El aumento del volumen y complejidad del cerebro nos fue otorgando la capacidad de secuenciar, de flexibilizar, de realizar cálculos mentales, la capacidad de atención, de concentración y de discriminación auditiva.

Paralelamente, la liberación de las manos y el uso de ellas para pelear fue dando lugar a la caza; el pulgar prensible aumentó la fuerza de la presión y agudizó la precisión para crear armas defensivas y/o ofensivas, a más de construir refugios de vida. La recolección y la caza, generalizadas primero y especializadas después, exigieron designar nombres, lugares, plantas, animales y dar sentido a los objetos, pero también exigió la necesidad de mayor comunicación entre los miembros del grupo, hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas, es decir que “el cazador se convirtió en hombre y no el hombre en cazador” (Moscovici 1972: 102).

El uso del fuego protege, crea hogares, permite dormir y soñar; la cocción de alimentos reduce la mandíbula y mejora la dentición; la ingesta de carne roja aumenta notablemente la nutrición, fortaleciendo un cerebro con las mismas capacidades desde hace 2,5 millones de años hasta hoy (Morin 2005).

Conforme fuimos saliendo del bosque africano cerrado y protector, nos fuimos internando hacia la sabana abierta, tropical y agresiva, pero estimuladora del desarrollo de otras aptitudes; al mejorar la visión, pudimos caminar, viajar, buscar horizontes distintos, llegar y encontrar lugares donde luchar y sobrevivir a tantos medios como conocimos.

La dispersión desde el África comenzó hace unos 100.000 años y, aproximadamente hace 70.000 años, se pobló todo el planeta. Dueños de la palabra, nos fuimos alejando de la sabana, llegamos a todos los continentes, África fue quedando lejos para algunos grupos, y en el camino se fueron moldeando otros ambientes: la cultura fue la aduana; el lenguaje, el pasaporte y la frontera, el Estrecho de Bering.

Cazadores y recolectores inteligentes poblamos este continente, entre el ir y venir de símbolos, de expresión creativa en el arte rupestre; usando carbón, ocre, saliva, goma, hicimos figuras que son visibles hasta hoy en día. Finalmente nos expresamos en un lenguaje de doble articulación, lógico y jerárquico, desde hace unos 50.000 años.

Nuestro continente fue poblado bajo ese modelo de organización social de recolección y caza, de horticultores y agricultores temporales. Trashumantes,

conocedores de los diferentes humus de la tierra, constructores de herramientas de madera, de hueso y de piedra; conocedores de infinidad de animales, plantas comestibles y medicinales, semillas, raíces, frutos, alucinógenos; grandes caminadores entre circuitos ecológicos diferenciados, capaces de adaptarnos a todos, desde el trópico más cálido hasta el frío polar.

La caza y recolección es una forma de vida que se extiende desde los albores de la humanidad como un hecho continuo hasta nuestros días. La caza y recolección es el modo de vida de mayor equilibrio ambiental y demográfico; con seguridad no es este sistema de vida el responsable del cambio climático actual, pero sin duda alguna son sus miembros las principales víctimas.

Retomamos nuestro punto de partida, diciendo con Lizárraga (2006) que “el proceso de hominización y humanización fue multidimensional, genético, ecológico, cerebral cultural y social, plagado de éxitos, fracasos, motivaciones, desorganizaciones y reorganizaciones”, lejos de pensarse como un proceso evolutivo lineal y gradual al cual estamos acostumbrados a pensar.

El lenguaje es un vehículo de comunicación vital para la existencia humana, pero también es un vehículo de pensamiento. Indaguemos por qué este saber universal no ha sido incorporado como parte de la conformación disciplinaria desde el siglo XIX. Más al contrario, se inventó otra universalidad, como afirma Guerrero: “...en lo lingüístico, las lenguas europeas, sobre todo las derivadas del latín y el griego, se vuelven las únicas lenguas de conocimiento, que están en capacidad de expresar las verdades del conocimiento científico racional” (Guerrero 2006: 11).

El lenguaje y el discurso científico, basado en el poder de la razón, concretan, y, paradójicamente, el evolucionismo ha fosilizado, invisibilizado y traducido esta experiencia humana de logros y fracasos, dentro de etapas evolutivas como la Edad de piedra, la Edad de bronce, la Edad de hierro, el Paleolítico inferior, el Paleolítico medio y el Paleolítico superior, dándonos la idea de periodos fijos o grupos quedados en el pasado, de los cuales algunos “sobreviven”, como rasgo de atraso en la evolución cultural. Seguramente, si ponemos atención, estas etapas aún se enseñan en nuestras escuelas.

Estos grupos de cazadores recolectores, que no se alineaban al ideal científico de la razón, del progreso, del orden y civilización occidental, fueron denominados salvajes, ágrafos, naturales, no históricos, nómadas, bárbaros, atrasados, dependientes, migrantes; aprendimos pronto a hablar de razas, de tribus, de indios, de subdesarrollo, de sociedades premodernas. Fuimos clasificables y etnografiables; fuimos enmudeciéndonos paulatinamente. Otros grupos fueron incorporados por la imposición colonial y pudieron ingresar en el modelo ordenado y progresivo de ascenso a la civilización: a ellos se los llamó mestizos.

En nombre de la razón, tenemos experiencias que van desde la esclavitud, entendida como el apoderamiento físico y psicológico de las personas, hasta experiencias “humanitarias” de concesiones integradoras en el afán desesperado de incluirlos como parte de los Estados nacionales y/o camino al modelo de desarrollo, hoy en franco deterioro.

“Los contenidos ideológicos del pensamiento simple intentaban escapar y justificarse hablando de la imparcialidad de la ciencia, para dejar en claro que no era necesario tener algún tipo de compromiso con las sociedades afectadas ni con la naturaleza para tener limpia la conciencia en la elaboración de la ciencia” (Pérez- Taylor 2002: 15).

Se sumó a estos postulados, junto con las demás disciplinas, la antropología, hasta la segunda mitad del siglo XX. Hoy sabemos que la diversidad y la otredad son movimiento, como lo es la lengua y las lenguas, como lo es la cultura y las culturas. Por ello, es necesario pensar las ciencias como un corpus integral en el que la historia, la lingüística, la arqueología, la antropología, la sociología, la filosofía, la biología formen un todo y no cada parte, un olvido.

A modo de punto de llegada, para ir en búsqueda de esas diferencias que cohabitan con nosotros, he seguido el camino de los troncos lingüísticos Arawak y Tupí guaraní, como los más antiguos y representativos de Sudamérica; ambos se conjuncionan para dar lugar a muchos grupos, entre ellos, los Guaraníes, herederos de tanta sabiduría de caza, de recolección, de agricultura estacional y de pesca discriminada.

Trashumaron, no migraron; caminaron y llegaron en busca de una orilla, un lugar por donde pase gran cantidad de agua. Encontraron un gran río, con más de 107 variedades de peces y lo llamaron Parapetí. Llegaron en busca del Kandire, la tierra sin mal, y se asentaron libremente en un territorio sin dueños llamado Iyambae, en la provincia Cordillera.

Su lengua es de carácter divino, su palabra es sagrada; quien habla bien en guaraní es considerada una persona de prestigio.

Elaboraron una larga y dolorosa resistencia creativa a los incas, a la Colonia y la República, finalmente a todos los Karai.

Despojados de su territorio, hoy, luego de más de tres siglos de etnocidio y resistencia, ahí están en el bajo y Alto Parapeto, en este continente que renace y no se inventa, que se nombra Abya Yala, como lo nombró ancestralmente el pueblo Kuna de Panamá.

Que sea tiempo del Iguopei, algarrobo milenario que mide el tiempo guaraní; que se adelante la primavera, al florecer el algarrobo que marca el calendario guaraní, que cobije a los enamorados; que las mujeres, hijas, hijos pequeños recojan sus frutos caídos por el viento; que su sombra acompañe las tardes, sea testigo de reuniones y asambleas. Que se celebre la sombra del Iguopei por generaciones y generaciones, casa por casa con chicha de algarrobo.

Bibliografía

Guerrero, Patricio

2006 “Corazonar desde ‘Sabidurías otras’ como respuesta insurgente a la colonialidad del saber y del ser”. En **Suplemento Antropológico**. Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, vol. XLI , n.º1, junio.

Lizárraga, Xabier

2006 “Pensar al primate humano: pensar en humanización-hominización”. En Pérez Taylor comp. **Antropología y complejidad**.

Mercado, María Esther

2006 **El guaraní boliviano: historizar el presente o presentizar la memoria**. Cochabamba: Estudio monográfico interno, Carrera de Antropología UCB.

Morin, Edgar

2005 **El paradigma perdido. Ensayos de bioantropología**. Barcelona: Kairos (7.ª edición).

Perez-Taylor, Rafael

2002 **Antropología y complejidad**. Barcelona: Gedisa.

Ortiz, Elio

2004 **Toponimia Guaraní del Chaco y Cordillera. Ensayo lingüístico, etnográfico y antropológico**. Santa Cruz: Teko Guaraní.